

VI.

Toda aquella turba palaciega, desfiló silenciosa y humillada delante de la majestad de Carlota de Austria.

Luego que se encontró la emperatriz en su aposento con sus damas, se echó á llorar con desesperación.

Formaba gran contraste esa aflicción, con el ruido de las salvas y la armonía de las bandas y músicas que recorrían la ciudad.

Las damas se rodearon de su señora, sin atreverse á aventurar una sola pregunta.

—Amigos míos, les dijo suspirando; os he ocultado un secreto hasta ahora, por no apesadumbraros.

Las damas se acercaron.

—Negocios de sumo interés para nuestra patria, me obligan á partir para Europa.

Las fieles compañeras de aquella mujer privilegiadamente infeliz, comenzaron á llorar.

En la corte de Francia, hubiera sido una comedia aquella escena verdaderamente triste.

En nuestro país, donde el sentimiento es profundamente delicado, donde el corazón se manifiesta en toda su ternura y delicadeza, aquello era un paso verdaderamente conmovedor.

Carlota dirigía la palabra con un acento íntimo de ternura.

—Acaso, decía, os he molestado algunas veces sin intención, yo os pido me disimuleis, nunca ha estado en mi ánimo el hostigaros.

Las damas seguían llorando en silencio.

La joven princesa abrazó una por una á sus damas, besándolas en la frente.

Aquel día fué de tristeza profunda y de abatimiento.

La emperatriz eligió entre las damas una que la acompañara en su viaje á Europa.

Aquella estancia, otra vez asilo de la alegría y del encanto, quedó desierta para siempre.

VII.

A los dos días, los periódicos de la capital anunciaban que S. M. la emperatriz había emprendido un viaje á Francia, pa-

ra arreglar personalmente con el emperador Napoleón, los asuntos relativos á México.

La noticia fué un síntoma de mal agiero para la monarquía.

Todos los ánimos quedaron vacilantes, y la revolución cobró nuevo aliento, alzándose como un coloso de hierro, que á su empuje formidable haría rodar á sus pies el trono de Maximiliano I.

CAPITULO UNDECIMO.

LAS GOLONDRINAS DE LA REVOLUCION.

I.

El día 7, á la madrugada, salió de la capital la emperatriz Carlota acompañada de la señora Gutiérrez Estrada y de un chambelán.

El telégrafo había prevenido á las escoltas del camino, estuviesen al cuidado de la imperial viajera, que hundida en la mayor aflicción, abandonaba el recinto de sus glorias, para tornar á la ingrata Europa, donde probablemente encontraría su tumba.

En la soledad del camino, recordaba la joven princesa aquella ovación recibida dos años antes, en los mismo sitios que atravesaba en medio del silencio de la soledad.

La emperatriz se resentía de su educación; acostumbrada en las cortes europeas á viajar llena de atenciones y miramientos aun cuando fuese de incógnito, sufría horriblemente al verse obligada á transitar por las vías desiertas de América, abandonada á lo sombrío de su situación.

Aquella alma grande, aquel espíritu animoso, dominaba el infortunio: y orgullosa y sufrida, atravesaba las calientes arenas de ese camino que la llevaba al punto final de su peregrinación.



II.

A pesar del incógnito que la fatalidad le obligaba á guardar para no descubrir ese paso atrevido, pero que revelaba la crisis política, su orgullo de raza arrancó el antifaz y se mostró á los pueblos y ciudades que salían á recibirla con arcos de triunfo.

Al arribar á Veracruz esperó la llegada del Paquete, abrió la correspondencia europea y la de los Estados Unidos.

La situación se hacía más negra hora por hora.

Entre las cartas, había unos despachos dirigidos á los republicanos de la capital. Carlota los hizo poner en la balija de su correspondencia, y los remitió al ministro de Gobernación para que la ley cayese sobre la cabeza de los revolucionarios.

Escribió sus últimas instrucciones al emperador, y tomó pasaje en el paquete francés, ordenando que el "Dandolo," que ya había encendido sus calderas, le sirviese de escolta en las aguas del Atlántico.

Entró resuelta en la barquilla que debía conducirla á bordo de la "Emperatriz Eugenia," y en alas del vapor, como un pájaro del océano, se lanzó en las aguas tumultuosas del Golfo: dejó atrás á las Antillas, y entró en ese mar tempestuoso cuyas ondas van á confundirse allá en los límites del horizonte, en las inquietas aguas del Mediterráneo.

III

La emperatriz se había embarcado el 13 de Julio. Esto era de mal agüero.

Hay cerebros supersticiosos, almas que creen ver en los celajes, en el viento, en las estrellas, y aún en las nubes; cifras misteriosas que revelan el porvenir.

Esta superstición agorera suele corroborarse con hechos casuales, que hacen aumentar la creencia del misterio.

Los franceses tiemblan ante el número *trece*, lo mismo que los alemanes sueñan con los *trasgos* y las *damas negras*.

Ninguno de esos hombres se sienta á la mesa cuando hay *trece* individuos; aseguran que la muerte se cierne sobre aquella fiesta y amenaza precisamente á alguno de los circunstantes.

Los españoles ponen cuidado en el color de las palomas, en el crujir de la madera, en los cristales que se quiebran casualmente, y todavía hay en los pueblos de la península ibérica, mujeres que recorren las ciudades *echando las cartas*.

En España raro es el que se embarca ó se casa en *martes* es un mal día.

Los indios de nuestra tierra tiemblan cuando el *tecolote* se posa en los techos de los jacales, y lo ahuyentan á pedradas. Hay una especie de copla que pasa por adagio entre los indios:

El tecolote canta
Y el indio muere;
Ello no es cierto,
Pero sucede.

Hay tradiciones populares que hace algunos años pasaban por verdades, y aún hoy entre la clase ignorante de indígenas á cuyos pueblos no ha llegado el aliento de la civilización.

Un indio no diría ni en el potro del tormento; "*reniego de las brujas*."

Entre los indios hay la preocupación de que ciertas gentes *hacen mal*, y no ha muchos años en uno de los pueblos de las cercanías, se halló que una mujer, hacía muñecos de trapo y los atravesaba con espinas de maguey, ora en el corazón, ora en cualquier parte del cuerpo, para que la persona á quien representaba se enfermase de la parte atravesada por la espina.

La hechicera creía que la dolencia no cesaría hasta que ella quitase al muñeco la espina.

Para que la bruja no venga á la choza á chupar la sangre al niño, ponen la escoba junto á la cuna.

Todo este cúmulo de tradiciones supersticiosas, restos de la barbarie antigua, propagada por los frailes que han hecho creer en las apariciones de los muertos y de las imágenes, se va alejando á medida que el sol de la ilustración va penetrando en esas chozas abandonadas á la ignorancia y la idolatría.

La Francia va á vanguardia de la civilización, y no obstante, conserva algunas cosas como la del *número 13*, que no hacen honor á su cultura.

Sea de ello lo que fuese, el caso es que Carlota de Austria había salido en día aciago del territorio mexicano.

Franceses y alemanes estaban influenciados por el fatalismo de la coincidencia.



IV.

La correspondencia de Carlota llegó á la capital el 14 de Julio.

En la misma noche y al día siguiente se efectuaron las prisiones de los individuos á quienes aludía la correspondencia traída por el paquete americano, y las de otros por sospecharse adictos al general Santa-Ana, astro apagado en el cielo de la política.

Entre los presos había un ministro honorario del emperador, hombre que jamás cejó en sus principios conservadores y quien había perdido sus rivales en el ministerio de relaciones.

Aquel individuo y los generales santanistas eran exóticos entre ese turba de jóvenes republicanos que yacían en los calabozos de la prisión austriaca.

A un capellán de Santa-Ana lo llevaron moribundo al calabozo, no pudo marchar al destierro, su viaje estaba ya determinado próximamente á la eternidad.

A los pocos días murió el cura Ordoñez, soñando en el arzobispado de México.

La entrada del ex-ministro á la cárcel tuvo su novedad.

Señor, decía á los austriacos, han incurrido en una equivocación, yo no soy la persona á quien debe aprehenderse.

El austriaco vió la lista.

—¿No es usted Miguel Arroyo?

—Hay dos Migueles; yo soy José Miguel.

Precisamente, respondió el austriaco: entre usted al calabozo.

— Soy ministro honorario del emperador.

—Entonces no hay duda, que lo encierren.

Arroyo tenía razón, jamás pasó por su cerebro la idea de que pudiera encerrarse en compañía de los hombres del partido avanzado de la revolución republicana.

Era la primera vez que se encontraba á su lado.

Parece que una carta dirigida á Almonte, en la que trataba mal á Maximiliano y que fué interceptada, motivó la prisión del ex-ministro.

V.

Una jaula de pájaros no hubiera estado más alegre que la cárcel austriaca, con tanto joven de buen humor que veía acercarse violentamente el fin del imperio.

Tanta hilaridad tenía asombrados á los carceleros.

—Disimule usted, caporal, dijo un abogado joven, pequeño, con ojos de centella y semblante atrevido y audaz, ¿fuma usted un puro habano?

El austriaco, acostumbrado á mascar un tabaco endiablado, se lanzó sobre el puro con avidez.

—¿Y no pudiera usted, continuó, llevar á los compañeros estas botellas de coñac?

—Está prohibido.

—Si una es para usted.

—Está bien, y fué repartiendo coñac en todos los calabozos.

A pocos momentos se oyeron cantos y carcajadas en los separos.

Dos días de broma y frasca se pasaron en la cárcel.

El intérprete fué llamando uno á uno á los presos y notificándoles en la alcaldía que se les daban cinco minutos para hablar con las familias y arreglar el viaje, porque á las tres de la mañana del siguiente día marcharían para Yucatán.

—Hubo algunos momentos de trizteza en la hora de la despedida, pero pronto renació el buen humor y siguió la broma con más escándalo.

Los austriacos no comprendían aquello.

Las puertas de los calabozos se abrieron, todos los presos se comunicaron, excepto el autor de estas páginas á quien tuvieron encerrado hasta el último momento, de orden del barón de Tindal, jefe de la gendarmería.

Ese hombre se vengaba de varias letrillas satíricas publicadas en el festivo periódico de la *Orquesta*.

Entre los presos se hallaba el *Nigromante*, esprimiendo en cada palabra el veneno de la sátira.

El *Nigromante* tiene por lengua una cola de alacrán; al que pica lo deja muerto ó convulso por mucho tiempo.

El jefe de aquella turba republicana era un anciano de barba que le llegaba á la cintura en hilos de plata.

Todos lo rodeaban y le llamaban *papá*.

Cuando se creía que de sus labios iba á desprenderse una sentencia, salía un chiste de buen gusto; y es que *papá* Zamacóna es un hombre de mucho talento y de un ingenio particular para las bromas.

Visto lo que era el *papá*, omitimos hablar de los hijos.

Toda gente de carrera profesional es insubordinada, maldeciente y bulliciosa.

Sonó la hora de la partida.

Los presos fueron llamados uno á uno por lista y preguntados si llevaban armas.

—Yo tengo una pistola, dijo un joven general que es una

especie de Hércules, capaz de ahogar à un amigo en un arranque de entusiasmo.

Los gendarmes le intimaron entregase el arma.

Entonces el general sacó una botella de coñac.

—No venimos á bromas, dijo el jefe; y mandó que desfilaran los presos.

En la puerta de la cárcel había dos carruajes.

Los presos entraron en ellos.

—¿Ya no falta nadie?

—Sí, dijo el abogado chiquitín y travieso, falta mi equipaje y mi paraguas.

Los equipajes fueron puestos en los carruajes.

Entonces el ayudante francés levantó la voz, y tomando un tono trágico de proclama, dijo:

—¡Conductores! seguiréis á la escolta de caballería sin desviaros y obedeceréis en todo al jefe que la manda.

El abogado en cuestión, respondió á la orden del ayudante francés con un maullido de gato.

Prisioneros y custodios soltaron la carcajada.

Un destacamento austriaco se puso á vanguardia, otro á retaguardia; en los pescantes de los carruajes soldados franceses, y dentro de cada coche un oficial y un cabo armados de punta en blanco.

Sonaron los latigazos de los conductores: partieron los caballos y todo aquel séquito se perdió entre las últimas sombras de la noche.

VI.

No nos detendremos ante los episodios de esa marcha, que más bien parecía un viaje de recreo, hasta llegar á Paso de Machos, donde comienza el ferrocarril que va para el muelle de Veracruz.

Un destacamento de argelinos recibió en ese pueblo á los presos.

La escena cambió por completo.

Aquellos negros son terribles, no permitieron salir de los trenes á los presos, en ellos pasaron la noche.

Al amanecer, y sin haber tomado una taza de té, comenzó el viaje á Veracruz.

En el lugar llamado el "Camarón" el camino estaba interrumpido.

Las lluvias habían sido terribles.

Un lodazal inmenso cubría la vía férrea y el camino carretero.

Los egipcios intimaron á los presos que el viaje lo harían á pié, por no haber otro medio de transporte.

Caminar entre aquel lodazal y á la acción de un sol abrazante y en la zona del *vómito negro*, era encontrar una muerte segura.

La caravana se puso en marcha arrojando tanta dificultad.

Hubo vez que los soldados franceses, compadecidos de ver al anciano Zamacona, lo echaron á sus espaldas como un hijo que carga á su padre en los pasos riesgosos del camino.

Una casualidad hizo que pasase un atajo de mulas que iba por carga á un lugar inmediato.

Uno de los prisioneros dió una señal masónica al dueño de los animales.

Inmediatamente puso sus bagajes á disposición de los desterrados.

Allí hubo una escena cómica.

El general de la botella de coñac, trepó animoso sobre una mula arrogante; ésta que no había sentido en sus lomos más que el peso de una carga, comenzó á reparar y dió en el lodazal con el jinete.

El pobre general se empeñaba en hacer creer que él voluntariamente se había dejado caer.

La caravana aplaudió la primera caída.

Siguió otro compañero y tocóle la misma suerte. ¡Cosa rara! dió la misma disculpa.

Los prisioneros, á la vista de esa catástrofe, se retrajeron.

Entonces el chiquitín de los ojos de fuego rogó que lo subiesen sobre una mula furiosa.

Mantuvóse quieto el animal.

Entonces todos eligieron la bestia que les pareció más mansa, y echaron á andar en medio de los argelinos.

Esos negros infames tenían orden de fusilar á los prisioneros luego que se avistase la primer guerrilla.

Era pintoresco ver aquellos desterrados atravesar las veredas como una caravana de peregrinos en los desiertos de África.

VIII.

Luego que llegaron á la Soledad, entraron en el tren que partió violentamente hasta dejarlos en las orillas del Océano.

Fueron trasladados inmediatamente en una miserable barca á los calabozos de Ulúa.

El 25 de Julio al amanecer, partió "La Rosita" á las costas de Yucatán, llevando á bordo á esa juventud cuyo acento se deja oír con entusiasmo en la tribuna republicana.

Aquella turba juvenil era la parvada de golondrinas que enunciaba la primavera del triunfo revolucionario.

CAPITULO DUODECIMO.

UN RECUERDO.

En la fortaleza de San Juan de Ulúa, que está situada á un tiro de cañón del puerto de Veracruz, hay un calabozo que encierra la tiernísima memoria de un escritor mexicano.

La ira de los invasores vino á descargarse con la fuerza del rayo sobre aquella frente donde ardía una imaginación de poeta, manifestación luminosa del aliento de Dios sobre el mezquino sér humano.

Florencio Castillo, el autor de *Hermana de los Angeles* y de *Agonías del Corazón*, había tenido como todo hombre de genio, una existencia llena de vicisitudes.

En los labios de Florencio Castillo no apareció nunca el pavor asqueroso del dictorio, ni su corazón latió á impulsos de la venganza.

Aquella alma toda era paz y mansedumbre

Sus composiciones son el espejo donde se refleja esa alma que hoy reposa en el seno de Dios.

Los franceses enviaron al escritor republicano á las masmorras de San Juan de Ulúa.

Florencio Castillo fué encerrado en un calabozo donde le atacó el vómito.

Fué después trasladado al hospital de Veracruz.

Atravesaba en una camilla cuando el mariscal Forey salía del territorio nacional.

Víctima y verdugo estuvieron frente á frente, como lo estarán más tarde en presencia de AQUEL que mide en su balanza eterna los crímenes humanos!

Florencio Castillo murió en el hospital, ignorado, en el abandono, en la obscuridad. Su cadáver fué sepultado en la fosa común.

¿Quién podrá hoy tomar uno de aquellos cráneos que yacen hacinados en el cementerio de Veracruz, y decir con certeza: "Aquí pensó Florencio del Castillo."

Este nombre que no está grabado en una piedra fúnebre, lo guarda la nación en el álbum de sus recuerdos patrióticos, y la literatura lo ciñe de laureles y siemprevivas!

CAPITULO DECIMOTERCERO.

UNA CANCIÓN POPULAR.

I.

La noticia del viaje de la emperatriz se anunció en los ángulos todos del territorio, como por un telégrafo subterráneo

Llegó á las montañas, donde fué recibida como el anuncio de una era nueva que traía en su aliento las auras de la victoria.

No obstante, la situación era todavía muy crítica.

El último empuje de las fuerzas imperiales había arrollado á los insurgentes, á quienes ya les faltaba el aliento en esa lucha perenne en que la sangre de sus arterias inundaba los campos de batalla.

Los destierros en masa, los fusilamientos, las prisiones, todo se alimentaba de la revolución.

Ya el brazo de los opresores desfallecía á tanto golpe.

La idea gloriosa de la independencia, se alzaba del vapor de la sangre; de las tumbas removidas; de las cenizas de los republicanos lanzadas al aire de los desiertos.

Un paso más sobre ese lago de sangre; un sacrificio más sobre la hoguera humeante del sufrimiento; una gota más de hiel á los labios del sentenciado sobre el madero de la revolución, y la patria estaba salvada!

II.

Estamos en las agrupadas montañas de Michoacán.

El mónstruo de la tempestad se ha alejado del horizonte donde se escuchan sus últimos bramidos.

Las estrellas comienzan á aparecer en el fondo del cielo como las luciérnegas del vacío.

Se oye el rumor tranquilo que levanta el silencio de la noche.

El agua de la lluvia se desliza por las hojas de los árboles, y cae á gotas sobre las plantas que se agrupaban al redor de los troncos.

Se oye el eco monótono de los insectos.

En una pequeña ranchería, compuesta de seis ó siete chozas de paja, había detenido una parte del ejército republicano, á las órdenes de Riva Palacio.

Los soldados encendían luminarias para secar sus destrozados vestidos á las llamas de las hogueras.

En uno de los jacalitos estaba el general republicano, rodeado de sus ayudantes que estaban pendientes de los labios del joven caudillo.

El poeta contaba chistes y ocurrencias felices que provocaban la hilaridad de los oficiales.

Riva Palacio jamás habla seriamente.

Sobre aquel hombre, los años de la juventud no han dejado huella alguna notable; vive con las ilusiones de la primera edad.

Su corazón no ha odiado nunca; acaso sea éste su mayor defecto.

Riva Palacio no tolera una conversación de cinco minutos seriamente: cuando menos lo espera su interlocutor, le espeta un verso ó un chiste que lo deja perplejo.

Riva Palacio es el hombre de la amistad, todo lo sacrifica, pasa sobre fuego por hacer una buena acción.

Hay en su alma un horizonte donde se proyecta el iris del cielo; allí está el amor del *hijo* y de la *esposa*.

Esos dos seres han arrancado mil veces sus lágrimas en las horas supremas de sus triunfos y de sus derrotas.

Ese cariño es el lado más vulnerable del joven soldado.

¿Quién habrá pronunciado el nombre de Josefina y el de su hijo, sin que haya vuelto hácia su lado á Vicente Riva Palacio?

Si esas dos flores del corazón llegaran á marchitarse, el hombre rodaría como un tronco desarrollado por el huracán.

Hay siempre en los mares de la adversidad una estrella que alumbra la noche de nuestro destino.

III.

Riva Palacio animaba con todo el brillo de su imaginación á aquellos hombres desfallecidos, cuando él mismo necesi-

taba una voz extraña que lo levantase, si no en su fé, sí en sus marchitas esperanzas.

— Qué entrada á México, amigos míos! decía á sus oficiales; vean ustedes: en la boca-calle de Plateros levantaremos un arco magnífico con la estatua de la libertad, con esa bandera que les quitamos á los imperiales; ese arco es el nuestro es el de la brigada de Zitácuaro. Muchacho, saca el mezcal porque esto merece una copa!

El asistente sacó la botella, que corrió de boca en boca como un chisme, hasta vaciarse.

— Entonces, continuaba, estaremos bien vestidos, todos ustedes llevarán calzones blancos de paño, y franjas de oro. Qué espadas! qué pistolas! vamos, si parece que los veo hechos unos Napoleones, menos en lo rubio, porque todos somos "súbitos de color". Yo les ofrezco que al llegar á las orillas de México, haré que salgan; Perico Valle y Ventura Alcérreca, á darles lecciones sobre el modo de llevar la levita y calzarse los guantes; con ocho días de academia están de correr y parar; y ¡quévi! cada soldado su cuarto en el hotel; no habrá rancho, ni toque de diana; á las ocho entrará el mozo á preguntar con qué se desayunan. No vayan á contestar con "atole," y me hagan quedar mal.

Los oficiales se echaron á reír con la ocurrencia de su general.

IV.

El centinela dió el "quién vive" á un jinete, que gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡libertad!

— Es *La Golondrina*, dijo uno de los oficiales.

Presentosé un guerrillero y entregó unos pliegos á Riva Palacio.

Los oficiales se retiraron.

El general leyó á la luz de la luminaria una carta de México, en que se le avisaba que Carlota salía del territorio, desesperada de la situación.

— Es la vanguardia del imperio; dijo Riva Palacio; la cosa marcha, la escena varía, no hay duda, tenemos *mutación*.

Desde luego se advierte por la fraseología, que Riva Palacio es autor dramático.

— Esta sí es noticia; mañana me pongo en marcha; la revolución toma un nuevo sendero; ¡señores! gritó á sus oficiales, que acudieron violentamente á la puerta de la choza: Carlota ha tomado las de Villadiego, el imperio se desmorona.

Los oficiales solemnizaron la noticia, que cundió instantáneamente en los grupos de los insurgentes.

Riva Palacio se sentó en el tronco de un árbol, y se entregó á las ilusiones que agitan el alma de los que yacen lanzados en el vaiven de la política.

V.

Todo había quedado en silencio.

Las luminarias comenzaban á apagarse.

Las nubes condensándose en los picos de las rocas, envolvían en sombras más densas la selva y la montaña.

De repente se oyó una voz melancólica que levantaba una canción desconocida en el mundo de los sonos populares.

En medio del silencio se percibía claramente la letra que acompañaba el cantar:

La niebla de los mares
Radiante sol aclara,
Ya cruje la "Novara"
A impulsos del vapor.
El agua embravecida
La embarcación azota,
Adiós mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor!

El ancla se desprende
Y la argentada espuma
Revienta entre la bruma
Con lánguido rumor.
En lo alto de la nave
El estandarte flota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor!

¿Qué llevas á tus lares?
Recuerdos de esta tierra
Donde extendió la guerra
Su aliento destructor.
Las olas son de sangre
Que por doquiera brota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor!

Más pronto de los libres
Escucharás el canto,
Bajo tu regio manto
Temblando de pavor.
Te seguirán sus ecos
A la región ignota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor!

Verás de tu destierro
En la azulada esfera
Flotar nuestra bandera
Con gloria y esplendor.
Y brotará laureles
La tumba del patriota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor!

Aquel canto era incisivo.

Brotaba del campamento como el eco que había recogido las últimas ideas del soldado al entregarse al sueño, y lo exhalaba en una armonía.

Pocos momentos después, los guerrilleros de la avanzada repetían el canto, como los zenzontles que recogen los silbos del pastor.

A la mañana siguiente, los cuatro clarines de la banda tocaban la "Mamá Carlota," y las mujeres de los soldados la repetían dulcemente para arrullar á los hijos.

La canción estaba popularizada.

Las músicas de los pueblos la tocaban en las fiestas y serenatas.

Se cantaba en los bailecitos, y los insurgentes se llenaban de entusiasmo al oír la "Mamá Carlota," que se improvisó en un canto de guerra.

La Marsellesa se levantó junto á la guillotina!

La Mamá Carlota brotó de las montañas de Michoacán!

Riva Palacio ignoraba en esos momentos que la pobre armonía-exhalada de su cerebro en aquella noche memorable, tendría un eco poderoso en los campamentos, y sería el grito de guerra en el revuelto polvo de los combates!

